

Habla con fiada men te

***Apologética para
el cristiano ordinario***

***Mark J.
Farnham***



P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

©2025 por P&R Publishing

Traducido del libro *Every Believer Confident: Apologetics for the Ordinary Christian* ©2025 por Mark J. Farnham, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio — electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo de la editorial P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de la Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright©2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

Las citas de las Escrituras marcadas como (NVI) son tomadas de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL® NVI® ©1999, 2015, 2022 por Biblica, Inc.® Usado con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas de las Escrituras marcadas como (NTV) son tomadas de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, ©Tyndale House Foundation, 2010. Todos los derechos reservados.

Las cursivas incluidas en las citas bíblicas indican que se ha añadido énfasis.

Traducción: Rodrigo Hinojosa, Querétaro, México
Corrección de estilo: Neytan Jiménez Sanabria, San José, Costa Rica
Diseño de portada y maquetación: Francisco Adolfo Hernández Aceves, CDMX, México

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN: 979-8-88779-237-8 (Español tapa blanda)

ISBN: 979-8-88779-238-5 (Español libro electrónico)

ISBN: 979-8-88779-137-1 (Inglés tapa blanda)

ISBN: 979-8-88779-138-8 (Inglés libro electrónico)

Para mi esposa,
con quien tengo más de treinta y cinco
años de casado,
Adrienne.

Tu constante amor y apoyo
a través de nuestros años juntos
hicieron posible este libro.

Contenido

Prefacio **9**

1. ¿Qué es la apologética? **19**
2. El respaldo bíblico de la apologética **39**
3. El poder de la apologética **59**
4. ¿Cómo piensan los incrédulos? **73**
5. Cómo derribar fortalezas **95**
6. Cómo llevarlos a Jesús **117**
7. Cómo compartir el evangelio de forma eficaz **137**
8. Estrategias para encuentros eficaces de evangelización **149**
9. Errores lógicos que debemos evitar **163**
10. Conversaciones evangelísticas en amistades duraderas **181**

Repaso y práctica **199**

Conclusión **209**

Reconocimientos **213**

Recursos recomendados **215**

Prefacio

—¿Qué? ¿Eres algún tipo de fanático religioso?

Esta fue la respuesta de la mujer que estaba sentada junto a mí en la cafetería cuando le ofrecí orar por ella. Karen se había sentado junto a mí hacía diez minutos y suspiró de forma tan notoria y constante durante ese tiempo que, finalmente, me di cuenta de que quería conversar. Puse a un lado mi libro y le pregunté cómo iba su día. Ella me contó de su frustración con la compañía de seguros que se negaba a cubrir sus gastos médicos. Mi ofrecimiento de orar por ella fue recibido con un cauto desprecio.

—No soy un fanático, pero sí soy cristiano y creo que Dios responde las oraciones. ¿Puedo preguntarte cuál es tu trasfondo religioso?

—Soy atea —respondió Karen, un poco abruptamente.

—Ah —le contesté—. ¿No crees que Dios exista?

Ella lo consideró por un momento y replicó:

—Bueno, no sé si Dios existe o no.

—Entonces, eres agnóstica.

—Sí, exactamente —dijo ella, con más confianza. Acto seguido, frunció el ceño—. De hecho, creo que Dios está en todo lugar y en todas las cosas en este mundo.

—Entonces, eres panteísta —sugerí.

—Sí —dijo con tono triunfal—. ¡Soy panteísta! —Parecía aliviada de haber podido identificar por fin su sistema de creencias y articularlo de manera más clara. Se veía

agradecida de que la hubiera ayudado a alcanzar este nivel de claridad.

—¿Qué te hace creer que Dios está en todo lugar y en todas las cosas? —continuó.

Su ceño volvió a fruncirse y respondió:

—Qué buena pregunta. La verdad es que no lo sé.

Así comenzó una conversación que duró más de dos horas. Durante este tiempo, lo que yo hice fue, sobre todo, hacerle preguntas que la obligaron a examinar el fundamento de su fe. Al mismo tiempo, incluí el evangelio en la conversación.

Unos quince minutos después de que comenzáramos a charlar, llegó un hombre con una taza de café y se sentó junto a ella. Él se unió a la conversación y comenzó a presentar algunas objeciones contra la cosmovisión cristiana que yo le estaba presentando a Karen.

Después de un momento, me detuve y les pregunté:

—¿Vienen juntos?

Karen miró a Bruno y dijo:

—No. No lo conozco.

—Yo tampoco la conozco —continuó Bruno—, pero oí su conversación y quise saber de qué estaban hablando y hacer también algunas preguntas.

Bruno me contó que había crecido como miembro de una secta y que, como resultado, había rechazado la fe cristiana sin darse cuenta de que lo que había rechazado ni siquiera era cristianismo. A medida que yo cuestionaba sus creencias y hacía hincapié en las implicaciones de sus cosmovisiones, su confianza comenzó a desmoronarse. Comenzaron a darse cuenta de que mucho de lo que creían era insostenible y contradictorio. Las objeciones que presentaban contra la fe cristiana eran más que nada malentendidos de lo que la Biblia realmente enseña.

Después de más de dos horas, Bruno se levantó y me dijo:

—Ya ni siquiera sé en qué creo. Me quitaste todo en lo que creía confiar. ¿Cómo puedo llegar a saber algo con certeza?

Todo su sistema de incredulidad había quedado dismantelado por las preguntas que le había planteado y por las buenas nuevas de Jesús que le había presentado en contraste.

A medida que nuestra conversación llegaba a su fin, les presenté a ambos el evangelio con claridad y los desafié a leer el Evangelio de Juan. Los dos accedieron a hacerlo y se fueron cada uno por su camino. Yo oré fervientemente para que estuvieran listos para arrepentirse y creer en Cristo en ese mismo instante, pero era evidente que no lo estaban todavía. Sin embargo, también era claro que ninguno de los dos tenía confianza en lo que había creído unas pocas horas antes.

Por mi parte, nunca sentí tanta confianza en mi fe como la que experimenté en ese momento. Literalmente, estaba temblando de emoción durante la última hora de la conversación al ver el poder de la fe cristiana dismantelar la confianza de Bruno y de Karen en su cosmovisión anterior. Había comenzado a estudiar apologética en el Westminster Theological Seminary [Seminario Teológico Westminster] unos pocos meses antes y estaba intensamente interesado en descubrir si lo que estaba aprendiendo, de hecho, funcionaba en un encuentro con un incrédulo.

¡Y funcionó! El poder de esta perspectiva que estaba aprendiendo hacía que la incredulidad de mis interlocutores resultara débil e ineficaz. Esto me permitió presentarles el evangelio de una forma atractiva, poderosa y convincente. Este fue el inicio de un nuevo compromiso con alcanzar a los perdidos con el evangelio de Jesucristo. A partir de ese día y durante los últimos veinte años, he hecho esto en incontables ocasiones.

Mi historia

Yo no nací en un hogar cristiano, pero, cuando tenía siete años, mi madre llegó a Cristo después de una larga búsqueda de la verdad. Su transformación fue radical e impactó de manera profunda mi vida. La Sra. Pepper me condujo a Cristo cuando tenía nueve años, en la escuela de verano de la Nepaug Congregational Church [Iglesia Congregacional Nepaug]. Cuando estaba en quinto grado, mis padres nos ingresaron a mis hermanas y a mí a una escuela cristiana. Para el noveno grado, estaba participando en el programa de evangelización para adolescentes. Había recibido preparación para evangelizar en las calles del barrio rico de West Hartford, actividad que consistía sobre todo en repartir folletos y pedirle a la gente que los leyera. Esta fue mi primera experiencia en intentar compartir el evangelio con los perdidos.

Sin embargo, al mismo tiempo, mi escuela e iglesia conservadoras me habían inculcado un temor a los incrédulos. Con o sin intención, yo comencé a creer que no debía relacionarme con un incrédulo a menos que estuviera activamente intentando evangelizarlo. Mis amistades con los chicos del vecindario se desvanecieron y comencé a evitar a todos los que no pertenecieran a mi burbuja cristiana, a menos que tuviera un folleto en la mano. Permanecí activo en las actividades de evangelización, pero me parecían frustrantes y poco eficaces. Comencé a cuestionarme cómo responder a ciertas preguntas. Mi formación había consistido sobre todo en alcanzar a protestantes liberales y católicos que ya creían en Dios y en la Biblia, pero que ponían su confianza en sus buenas obras y no en el don gratuito del evangelio.

Con el pasar de los años, durante el instituto bíblico y el seminario, seguía intentando evangelizar de forma ocasional, pero siempre recibía poca o nula respuesta

a los folletos evangelísticos que repartía. En general, el problema no era el folleto en sí mismo, sino más bien la realidad de que nunca se me había enseñado a interactuar en una conversación con los incrédulos. No sabía cómo decirle a alguien que era cristiano sin sentirme avergonzado (¿creería esta persona que yo era un fanático religioso?) y temeroso de recibir una pregunta que no sabría contestar.

En 1995, cuando llegué al pastorado en New London, Connecticut, me decidí a ser el evangelista que siempre había querido ser. Esperaba que el pastorado me infundiría de manera milagrosa con alguna habilidad sobrenatural para presentar el evangelio a los incrédulos de forma eficaz. Nuestra joven familia se mudó a la casa parroquial en la avenida Blydenburg y descubrí, casi de inmediato, que mi vecino de al lado era profesor universitario y uno de los expertos más prominentes sobre Søren Kierkegaard. Mi determinación de testificar a mis vecinos desde el primer mes se desinfló como un globo pinchado. En cambio, creció mi determinación de evitar a mi vecino intelectual.

Al mirar hacia atrás, puedo ver que me sentía aterrado de recibir una pregunta que no pudiera contestar o de encontrarme con algún sistema de creencias del cual sabía demasiado poco. Yo estaba seguro de que podía conversar tanto con católicos como con protestantes liberales (o, al menos, eso creía), pero la idea de tratar con un escéptico o con un profeso de otra religión era demasiado atemorizante para considerar.

Comencé a leer a Josh McDowell y a otros apologistas y viajaba a conferencias de apologética siempre que encontraba una relativamente cerca de mi ciudad. Estos recursos me ayudaron inmensamente a aprender más sobre los hechos del cristianismo y las doctrinas de otros sistemas de creencias, pero me seguía costando trabajo saber cómo hablar con las personas que conocía.

Estaba creciendo en mi conocimiento, pero no sabía cómo usarlo en conversaciones reales.

Yo seguía con demasiadas preguntas que no podía articular. Ni siquiera estaba seguro de que la fe cristiana pudiera responder todas las objeciones que se presentaban contra ella. No sabía qué decir si alguien me pedía que probara la existencia de Dios. Estaba confundido respecto a cómo probar las afirmaciones de la fe cristiana. Sin embargo, más adelante, me di cuenta de que estaba luchando con las preguntas fundamentales de la epistemología (cómo sabemos lo que sabemos) y de la metafísica (la naturaleza de Dios y de la realidad). Estas son las preguntas más fundamentales de la vida y de la experiencia, algo en lo que los filósofos y teólogos han meditado durante miles de años.

No fue sino hasta muchos años después que hallé respuesta a mis preguntas. Para ese momento, había terminado un posgrado en Nuevo Testamento en el Gordon-Conwell Theological Seminary [Seminario Teológico Gordon-Conwell], había dejado el pastorado y comenzado a dar clases de teología sistemática en un pequeño seminario en los suburbios de Filadelfia. Comencé a buscar un programa de doctorado en la zona y decidí ingresar al Westminster Theological Seminary. En un principio, tenía la intención de cursar un doctorado en Nuevo Testamento, pero percibí que Dios me estaba alejando de esa rama. Decidí entonces entrar como oyente a una clase de maestría en apologética.

Como había tenido cierto interés en apologética durante algunos años, pensé que la clase podría ayudarme a llenar algunas lagunas de conocimiento. Para la segunda semana de clases, comenzaron a encenderse focos dentro de mi mente. Para la cuarta semana, mis preguntas fundamentales estaban encontrando respuesta a diestra y siniestra. Para la sexta semana, decidí cambiar el enfoque

de mi doctorado a la apologética y nunca di marcha atrás. Después de completar mi primer semestre de estudios doctorales en apologética, supe que había encontrado mi propósito de vida. Lo que estaba aprendiendo era tan emocionante, tan satisfactorio para el alma que me quedaba despierto en la noche en la cama después de clases, energizado por las verdades eternas que había aprendido ese día. Me costaba trabajo dormir por tanto meditar en las gloriosas respuestas a las preguntas de la humanidad y de mi propio corazón. Quería saltar de la cama y gritar «¡Aleluya!» por la sabiduría, la gloria y la luz que nos ofrece nuestro Salvador, Jesucristo.

Nunca perdí aquella emoción. Incluso mientras escribo esto, me maravillo por la habilidad del evangelio para silenciar la mal llamada sabiduría de nuestros tiempos, resolver los problemas mundiales, brindar significado y propósito y reconciliar al ser humano con Dios (ver 1 Co 1:18-21). He visto la vaciedad de las «respuestas» que ofrecen tanto escépticos como líderes religiosos y he hallado la verdadera sabiduría en las buenas nuevas de Jesús. Sigo deleitándome y maravillándome por la manera en la que el Cristo resucitado responde todas las preguntas de la humanidad y todos los enigmas de la filosofía. Mi esperanza es que este libro te ayude también a experimentar esta misma emoción.

El propósito de este libro

En nuestra época, los cristianos que se interesan en la apologética ya no están limitados por los buenos libros que se pueden encontrar; más bien, su reto es encontrar libros que se correspondan con su nivel de interés y de educación. Muchos cientos de recursos que ahora están disponibles requieren o asumen un nivel profundo de conocimiento sobre filosofía y ciencia. Estos recursos

son valiosos y profundizan nuestros esfuerzos por alcanzar a los no creyentes que encuentran tropiezo en objeciones filosóficas y científicas. Sin embargo, la mayoría de los cristianos no son expertos en filosofía ni en ciencia. No tienen ni el tiempo, ni el dinero, ni el interés ni la habilidad para estudiar de manera formal uno de estos ámbitos. No son pastores, ni profesores ni eruditos. Sencillamente, quieren alcanzar a sus vecinos, amigos, colaboradores, familiares y compañeros de clase incrédulos.

Puede que seas uno de ellos. Sientes una carga por los perdidos y deseas aprender a defender tu fe, pero te parece imposible llegar a ser filósofo o científico. Tengo una buena noticia: ¡no tienes por qué serlo!

Para ser un buen evangelista o apologista, no se necesita obtener un título académico ni leer textos complejos. Jesús nunca mandó a Sus discípulos ir a Atenas para aprender a los pies de los filósofos y, de ese modo, poder alcanzar al mundo. Aunque sí puede ser útil saber un poco sobre filosofía, ciencia y otras disciplinas del conocimiento, no es necesario ser experto en estos temas. Un cristiano ordinario puede llegar a ser un evangelista habilidoso y efectivo sin ser estudiante de filosofía. Un cristiano ordinario puede aprender a defender la fe cristiana, a compartir el evangelio, a sacudir la incredulidad de los no cristianos, a presentar la cosmovisión cristiana y a llevar a otros a una fe salvadora en Jesucristo.

De esto trata este libro: equipar a los creyentes ordinarios con la confianza y las habilidades necesarias para cumplir la gran comisión (ver Mt 29:19-20), dar respuesta a quienes los cuestionan (ver 1 P 3:15-16) y declarar el misterio de Cristo (ver Col 4:3-4). Si te consideras un cristiano ordinario, este libro es para ti.

Preguntas para meditar

1. Cuando leíste sobre mi encuentro con Karen y con Bruno en la cafetería, ¿qué pensaste? ¿Habrías abordado tú la conversación de forma diferente? ¿Mi método apologético en esta situación te dio alguna idea sobre cómo presentar el evangelio a los incrédulos?
2. ¿Cómo fue tu primera capacitación para evangelizar? Describe las técnicas y las herramientas que se te dieron para presentar el evangelio a los incrédulos. ¿Resultó efectiva la capacitación en ese momento? ¿Sigue siendo efectiva ahora?
3. ¿Qué experiencia has tenido con la apologética? ¿Qué sabes sobre el tema?
4. ¿Qué tan confiado estás de poder responder objeciones contra la fe cristiana?
5. ¿Qué objeciones a la fe te cuesta más trabajo responder? ¿Qué pregunta de los no creyentes te atemoriza más al intentar presentarles el evangelio?

1. ¿Qué es la apologética?

El término *apologética* casi no se escucha en las iglesias cristianas. A pesar de la gran popularidad de apologistas como C. S. Lewis y Francis Schaeffer en las décadas de 1960 y 1970, y de Josh McDowell en las de 1980 y 1990, muchos cristianos evangélicos siguen sin conocer la disciplina de la apologética. Es normal para mí encontrarme con cristianos que no tienen idea de lo que significa esta palabra.

Lo peor de todo es que tampoco conocen el concepto de estar preparados para dar respuesta a quienes desafían sus convicciones cristianas. No saben cómo defender su fe ni compartirla de forma efectiva. Muchos creyentes viven con el temor secreto de que alguien desafíe su fe cristiana. Se aferran firmemente a la Biblia, pero no quieren pensar demasiado en por qué creen en ella. Como resultado, muchos evitan conversaciones sobre temas espirituales con los incrédulos, porque no tienen confianza alguna en poder responder sus preguntas.

Sin embargo, todos los cristianos tienen el mandato de pensar con claridad sobre su fe y de conocerla lo suficiente como para defenderla. En 1 Pedro 3:15-16, se nos

llama a prepararnos para presentar respuesta o defensa cuando alguien desafía nuestra fe. Esta es una pieza clave de la evangelización, porque los incrédulos casi nunca reciben una presentación del evangelio sin levantar alguna objeción. Además, esta tarea es para todo creyente, no solo para los pastores o los eruditos. Este es el elemento ausente en la estrategia evangelística de muchas iglesias. El miembro común de una iglesia se siente poco preparado para saber responder ante los múltiples ataques que se dirigen contra la fe.

Ahora vivimos en una época rica en recursos apologéticos. A partir de la década de 1990, hemos visto una explosión de buenos libros, sitios web, videos y podcasts que ayudan a los cristianos a defender su fe ante un mundo cada vez más hostil. La llegada de los videos gratuitos en línea ha puesto a disposición miles de debates y conferencias sobre apologética cristiana. Esta es una bendición increíble para el cuerpo de Cristo. Hoy, los cristianos tienen más recursos que nunca en la historia de la humanidad.

Sin embargo, muchos de estos materiales apologéticos están dirigidos a los lectores de corte académico y, por lo tanto, tienen un valor muy limitado para los cristianos ordinarios. El exceso de terminología filosófica o de teoría sin aplicación práctica reduce la efectividad de estas herramientas.

El propósito de este libro es ayudarte a conocer, apreciar, comprender firmemente, proclamar y defender la fe cristiana. Mi meta final es fortalecer tu fe para que puedas persuadir con confianza y efectividad a los incrédulos para que crean en Jesucristo. Aunque algunas de las lecciones de este libro sí entrarán en disciplinas como la filosofía, la ciencia y la lógica, entre otras, sus planteamientos se mantendrán a un nivel accesible para que puedas entender y practicar sus principios con facilidad. Mi meta final es ayudarte a ganar almas para Cristo.

Definiciones

En 1 Pedro 3:15, leemos que todos los cristianos debemos estar preparados para «responder» (NVI) o «presentar defensa» cuando alguno desafía nuestra fe. Así pues, la apologética se dedica a la defensa de la fe cristiana ante toda clase de incredulidad. La palabra *apologética* viene del griego *apología*, la palabra que la versión griega de este pasaje utiliza en el versículo 15. Este es el término legal para referirse a una defensa ante una acusación en un tribunal.

Un léxico griego lo define como: «Hablar en beneficio de uno mismo o de otro ante una acusación presuntamente falsa».¹ Implica una defensa contra cargos o una respuesta a una acusación falsa. Pedro nos está diciendo que, cuando se acusa falsamente a la fe cristiana (cuando alguien dice: «La Biblia tiene errores» o «Jesús no resucitó de entre los muertos»), debemos dar una respuesta que ponga en evidencia la falsedad de la acusación.

Cornelius Van Til, profesor de apologética en el Westminster Theological Seminary durante el siglo xx y pionero en el ámbito, definió la *apologética* simplemente como: «La vindicación de la filosofía de vida cristiana contra las diversas formas de filosofía de vida no cristianas».² Esta definición demuestra que la apologética debe incluir toda clase de objeciones que puedan levantarse contra la verdad del cristianismo.

Una definición más reciente de *apologética* indica la importancia de mostrar la racionalidad y la belleza de la

1 Johannes P. Louwy Eugene A. Nida, eds., *Greek-English Lexicon of the New Testament: Based on Semantic Domains* [Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento: basado en dominios semánticos], vol. 1, *Introduction & Domains* [Introducción y dominios] (United Bible Societies, 1988), 33.435.

2 Cornelius Van Til, *Christian Apologetics* [Apologética cristiana], 2da ed., ed. William Edgar (P&R Publishing, 2003), 17.

fe cristiana. William Edgar la define como: «El arte de la persuasión, la disciplina que considera las formas de proclamar y defender al Dios vivo ante aquellos que no tienen fe».³ La meta de defender la fe es persuadir a los incrédulos de que Jesús es el Mesías y de que necesitan salvación. Sin embargo, aunque defendemos la fe, también debemos *proclamarla*, es decir, mostrar de qué manera el evangelio responde las necesidades más profundas de la condición humana y le da sentido al mundo.

Ahora que hemos definido el término apologética, escudriñemos las Escrituras y veamos qué dicen respecto al acto de defender la fe.

La relación entre la apologética y la evangelización

La meta de la evangelización es llevar a otros a un conocimiento salvador de Jesucristo. Por tanto, la meta de la apologética debería ser la misma. Entonces, ¿cuál es la diferencia entre las dos? En resumen, la apologética es una parte distinta, pero inseparable, de la evangelización.

La evangelización tiene que ver con nuestra presentación del evangelio y con los métodos que usamos para hacerlo. En cambio, la apologética tiene que ver con responder objeciones contra el evangelio, allanar obstáculos intelectuales y proclamar la fe cristiana como la única respuesta legítima a los problemas de la humanidad.

Considera un vehículo todoterreno. Normalmente, las ruedas delanteras hacen la mayor parte del trabajo, pero, si necesita más fuerza o velocidad, las ruedas traseras

3 William Edgar, "Christian Apologetics for a New Century" [«Apologética cristiana para un nuevo siglo»], en *New Dictionary of Christian Apologetics* [Nuevo diccionario de apologética cristiana], ed. W. C. Campbell-Jack y Gavin McGrath con C. Stephen Evans (InterVarsity Press, 2006), 3.

entran en acción. Al proclamar las buenas nuevas de Jesucristo, estamos evangelizando. Sin embargo, cuando la persona formula preguntas y objeciones sobre la fe cristiana, la apologética nos sirve para responder a estos desafíos y poder regresar a la evangelización.

La apologética es igual de importante para los creyentes que para los incrédulos. No solo es una ayuda para la evangelización; también es vital para fortalecer la fe de los creyentes, cimentarlos más fuertemente en la doctrina y responder sus dudas. El resultado de la apologética es una iglesia con mayor confianza en la verdad, el poder y la confiabilidad del evangelio, las Escrituras y el cuerpo de doctrinas cristinas que conforman nuestra fe. Una falta de conocimiento apologético es la principal razón por la que muchas iglesias han dejado de ser efectivas en sus esfuerzos evangelísticos. Si los cristianos dudan de su propia fe o su conocimiento es deficiente, difícilmente la compartirán correctamente con otros.

Por lo tanto, aunque son distintos, la apologética y la evangelización son inseparables. La evangelización sin apologética se limita a un monólogo delante del incrédulo. La apologética sin evangelización suele convertirse en un mero ejercicio intelectual, en el que el creyente se convence a sí mismo de que está en lo correcto sin siquiera conversar con el otro para ver si sus ideas son sólidas. La apologética y la evangelización están diseñadas para ser complementarias. Sencillamente hablarle a un incrédulo hasta que nos interrumpa o se termine la conversación no es evangelización bíblica. Más bien, la evangelización debe ser un diálogo en el que nos tomamos el tiempo para entender la cosmovisión de la persona y sus razones para no creer en Cristo, con el fin de luego presentarle argumentos a favor de la verdad del cristianismo. Al mantener el enfoque de la apologética en llevar a los perdidos a la salvación (y no en algo inferior

a eso, como simplemente «probar que Dios existe»), la mantenemos en su debido lugar como compañera de la evangelización.

Perspectivas apologéticas

Ya que hemos hablado sobre la meta de la apologética, ahora abordaremos el tema de las diferentes perspectivas apologéticas. Existen distintos tipos de apologética, y todos ellos contribuyen de diversas maneras a la defensa de la fe cristiana.

El evidencialismo

La perspectiva más conocida de la apologética es el evidencialismo, que busca elaborar y contrarrestar desafíos a la fe cristiana con hechos detallados de diferentes disciplinas, en especial de la historia y de la ciencia. Por ejemplo, ante un desafío a la fiabilidad de los Evangelios, los apologistas evidencialistas buscan confirmar los relatos de Mateo, Marcos, Lucas y Juan mediante un estudio detallado del texto griego, los acontecimientos históricos, las prácticas culturales, la geografía, la arqueología, la interacción con la historia romana y más. Esto tiende a producir un compendio rico y sustancioso de material que fortalece la defensa de la verdad del cristianismo.

La forma en la que entendemos el concepto de *evidencia* es importante para esta perspectiva. Algunos se equivocan en creer que podemos «probar» la fe cristiana mediante hechos históricos, culturales y arqueológicos. Creen que, si presentamos suficientes pruebas o el tipo adecuado de evidencia, los incrédulos *no tendrán otra opción* que creer en la verdad de la fe cristiana. Esperan que los escépticos se verán *obligados* a creer en Cristo,

sin habilidad alguna para resistir la verdad. Aunque es verdad que algunos cristianos describen su conversión de esta manera, su testimonio es una descripción empírica de sus sentimientos en el momento cuando se dieron cuenta de la verdad del evangelio. En realidad, como veremos más tarde, esta experiencia llega al final de un proceso mediante el cual el Espíritu Santo los convence de pecado y los trae a Cristo. Dios usa las evidencias como parte de este proceso, pero estas no pueden impulsar por sí solas al incrédulo a creer.

Así pues, en lugar de ofrecer pruebas irresistibles y convincentes, las evidencias complementan la buena noticia de Jesucristo mientras esta actúa en los corazones humanos. Cuando la persona ve toda la verdad histórica, científica y filosófica que corrobora el mensaje del evangelio, estas evidencias pueden confirmar la verdad en su corazón. Este es el valor de las evidencias. Algunos defensores reconocidos del evidencialismo son Lee Strobel, Sean McDowell y J. Warner Wallace.

La apologética clásica

La apologética clásica define argumentos para la existencia de Dios principalmente a partir de la filosofía y de la lógica. No suele apelar a la Escritura ni hacer referencia a ella; más bien, el apologista clásico busca apelar solo a las fuentes con las que muchos incrédulos concuerdan, como la razón, la filosofía, la ciencia y la lógica. Este es un enfoque de dos pasos que comienza con un intento por cimentar la existencia de Dios sin referencia a la Biblia, para luego avanzar hacia la confiabilidad de la Biblia, la autenticidad de los milagros, la verdad de la resurrección y más. Algunos representantes de esta perspectiva son Norman Geisler, William Lane Craig, Douglas Groothuis y R.C. Sproul.

La apologética de caso acumulativo

También conocida como la apologética de la «mejor explicación», esta perspectiva busca presentar un argumento a favor de la fe cristiana mediante la combinación de todas las pruebas del evidencialismo para mostrar que el cristianismo es la cosmovisión que mejor explica este mundo. La apologética de caso acumulativo presenta la fe cristiana, no como la *única* manera de responder a las preguntas de la condición humana, sino más bien como la *mejor* manera. Esta «condición humana» incluye la posición de los seres humanos en el universo, la naturaleza del bien y del mal, la cuestión del libre albedrío, la corrupción y abatimiento del mundo, y el deseo humano universal de propósito.

Un ejemplo bien conocido de un apologista de caso acumulativo es C. S. Lewis (aunque también empleó otros métodos). Lewis solía apilar numerosos argumentos para defender la idea de que el cristianismo describía la realidad de mejor manera. Esta perspectiva resalta el poder explicativo de la fe cristiana para responder preguntas como: ¿por qué hay tanta maldad y, a la vez, tanta bondad en el mundo? Todas las cosmovisiones deben poder explicar esto y los defensores de la apologética de caso acumulativo argumentan de forma poderosa que la fe cristiana ofrece la mejor explicación.

La apologética de los hechos mínimos

La apologética de hechos mínimos investiga las conclusiones de una gran variedad de expertos y resume los hechos fundamentales sobre los cuales concuerdan todos o la mayoría de los estudiosos de la disciplina. Luego, la perspectiva utiliza esta concordancia como fundamento para edificar un argumento a favor de la verdad del cristianismo. Por ejemplo, los partidarios de la apologética

de los hechos mínimos abordan la muerte y la resurrección de Jesús con el hecho de que, en primer lugar, casi ningún historiador duda de la existencia de Jesús. Esto incluye tanto a eruditos cristianos como no cristianos. Además, casi ningún historiador duda de que Jesús haya sido crucificado por los romanos bajo el gobierno de Poncio Pilato en Jerusalén. Incluso, una gran mayoría de historiadores cree que la tumba de Jesús estaba vacía después de tres días.

A continuación, esta perspectiva argumenta que, si todos concuerdan sobre estos hechos, entonces, conforme a los criterios históricos normales, es razonable creer que toda la historia de Jesús es verdad. Esto incluye Su resurrección y Su afirmación de que era el Dios encarnado y el Salvador del mundo. En esencia, esta perspectiva aprovecha el consenso académico en toda su extensión para luego demostrar que puede irse aún más allá y aceptar la totalidad de la enseñanza bíblica. Gary Habermas es uno de los partidarios de esta perspectiva.

Todas estas perspectivas han producido argumentos poderosos a favor de la fe cristiana. El fruto de sus investigaciones puede verse en cientos de obras originales que han fortalecido nuestra confianza en la verdad de la Escritura. Sin embargo, como *métodos* apologéticos, son insuficientes. Por sí solos, carecen de una estrategia para abordar al incrédulo en el tipo de conversación evangelística que los confronta con la exigencia evangélica de arrepentirse y creer. Enuncian los hechos de buena manera, pero no reconocen el corazón rebelde de quienes no creen. Aunque sí aportan grandes evidencias que fortalecen la defensa a favor de la fe cristiana, comienzan con un fundamento teológico insuficiente.

Los defensores del evidencialismo suelen suponer que la lógica y la racionalidad son consensos universales

(no lo son) e implican que el incrédulo aceptará de forma automática la verdad si se le presenta de forma clara. Sin embargo, si la descripción bíblica del corazón y la mente no regenerada es correcta, entonces nadie busca a Dios de manera genuina (ver Ro 3:11), a menos que Dios mismo lo atraiga a Él (ver Jn 6:44). Así pues, una comprensión bíblica de la conversión debe comenzar con la obra de Dios de atraer a los pecadores y una presentación clara del evangelio.

Hace unos cuantos años, me encontraba hablando con un líder de un ministerio reconocido de apologética que opera bajo la perspectiva clásica. Con el fin de aclarar la diferencia entre nuestras perspectivas, le pedí que me explicara cómo entablaba conversaciones con los incrédulos.

—Yo me acerco a la persona y le pregunto: “Si pudiera probarte que Dios existe, ¿creerías en Él?” —me dijo.

Yo le pregunté:

—¿Qué pasa si la persona dice que no?

—Entonces paso a la siguiente persona.

Yo me quedé boquiabierto. Dada la descripción bíblica del estado de rebeldía del incrédulo contra Dios, de su oposición a la verdad y de su ceguera intelectual, nunca espero que mis conversaciones con ellos sean tan esquemáticas. Soy escéptico a la idea de que «probar» la existencia de Dios vaya a convencer a la mayoría de las personas. Yo mismo solía intentar hacer eso en mis esfuerzos evangelísticos. Utilizaba la lógica y la filosofía, pero me topaba con más objeciones que las que podía resolver sin una educación formal en estas disciplinas. También he visto a escépticos negar rotundamente cualquier argumento o evidencia y tacharla de insuficiente, sin importar cuán coherentemente se les presente.

También me sorprendió que su táctica apologética fuera tan rígida. No todos batallan con la existencia de Dios y, aun para quienes sí lo hacen, esta puede no ser la

cuestión más urgente que contribuye a su incredulidad. En lugar de abordar a todos los incrédulos de la misma manera, podemos utilizar una metodología más sensible al individuo y a sus razones específicas para no creer.

El presuposicionalismo

El término *presuposicional* se deriva de la palabra *presuposición*, que se refiere a un compromiso fundamental del corazón o a una condición que antecede al conocimiento. La idea es que algunas personas asumen inconscientemente como ciertas cosas que no pueden probar lógicamente, pero que aun así *desean* que sean verdad. Si bien algunos presuposicionalistas prefieren otros nombres para esta perspectiva, como *pactual* y *trascendental*,⁴ el término que más se utiliza es *presuposicional*.⁵ La perspectiva presuposicional llega al corazón de las objeciones del incrédulo contra el cristianismo para revelar su contradicción, irracionalidad e incoherencia, antes de presentar la verdad de la fe cristiana en toda su gloria, racionalidad y verdad.

4 Ver K. Scott Oliphint, *Covenantal Apologetics: Principles and Practice in Defense of Our Faith* [Apologética pactual: principios y práctica en la defensa de nuestra fe] (Crossway, 2013), 38-39, para una explicación de la historia del término *presuposicional* y de su preferencia por el nombre *pactual*.

5 Desafortunadamente, como lo comentó el erudito neotestamentario Darrell Bock en una conferencia a la cual asistí, algunos usan este término para describir una perspectiva que responde todas las objeciones con la máxima: «La Biblia dice así». Es más preciso llamar a esta perspectiva inadecuada *fideísmo*, que rechaza la idea de que debemos dar justificaciones racionales para nuestras creencias. El fideísmo contradice el mandato claro de 1 Pedro 3:15-16 de estar preparados para dar respuesta a todo el que nos demande razón de nuestra fe. La revelación de Dios en la Biblia es el fundamento de todo lo que sabemos, pero fuimos llamados a hacer más que solo citar versículos.

Una presuposición es una creencia que sirve como el fundamento de otras. El Dios trino y Su revelación son las creencias fundamentales del cristiano. Muchas veces, los incrédulos nunca han considerado cuál es el compromiso más esencial de su corazón y, por tanto, nunca han examinado sus creencias fundamentales. Por ejemplo, a menudo creen que ciertas acciones son correctas y buenas y que otras son incorrectas o malvadas. Cuando se los fuerza a decir *por qué* ciertas acciones son buenas o malas, suelen no poder dar una respuesta.

Por lo tanto, las presuposiciones son importantes y todos las tenemos. La perspectiva presuposicional de la apologética comienza con la verdad bíblica y busca llegar al corazón del rechazo del incrédulo hacia el evangelio. A continuación, expondremos algunos de los principios básicos del presuposicionalismo.

Primero, Dios se ha revelado a Sí mismo y, por tanto, toda persona lo conoce (ver Ro 1:18-21). Mientras que los evidencialistas dicen que toda persona tiene la *habilidad* para conocer a Dios, los presuposicionalistas afirman, junto con Romanos 1, que toda persona de hecho conoce a Dios. Los creyentes lo conocen en una relación de gracia, y los incrédulos en una relación de ira. La incredulidad es personal. Como los incrédulos conocen a Dios, no tienen excusa. Cuando compartimos la verdad de la fe cristiana con un incrédulo, estamos hablando de un Dios que la persona ya conoce, aunque está reprimiendo ese conocimiento. Exploraremos esto con más detalles en el capítulo 4.

Segundo, la Biblia da testimonio de su propia autoridad. Ya que no hay una autoridad más alta que Dios, Su Palabra es el tribunal más alto en cualquier asunto de verdad. Esto es lo que llamamos *la autoridad del testimonio propio de la Escritura*. La mayoría de los demás sistemas de creencia ubican la razón en la posición de autoridad

más alta, como la prueba definitiva para conocer la verdad. Aunque la razón es una habilidad dada por Dios, no es una autoridad. Más bien, es una herramienta que usamos para conocer y entender la verdad. La razón nos ayuda a aclarar nuestras creencias y a evitar contradicciones en nuestra teología, pero no supera a la Escritura como juez de lo que es «racional».

Solo la cosmovisión cristiana puede explicar adecuadamente todos los aspectos de la experiencia humana de una forma racional, no contradictoria y significativa. La razón es que este es el mundo de Dios y Su explicación de nuestro origen, propósito y destino —así como de lo que está mal con este mundo— es la única que funciona. Las cosmovisiones y sistemas de creencia no cristianos enfrentan el desafío de intentar explicar a Dios en sus propios términos distorsionados y, por necesidad, deben estar equivocados de maneras fundamentales, porque solo Dios describe a este mundo con precisión. Como no aceptan la autoridad de la Escritura, se oponen al cristianismo con verdades parciales.

Este libro presenta una perspectiva presuposicional básica y práctica de la apologética. No niega la importancia de la evidencia, pero comienza con presuposiciones cristianas. Cuando esta perspectiva se enfrenta a cualquier tipo de incredulidad, desafía las presuposiciones del incrédulo y muestra que este no puede explicar de forma racional la vida ni la existencia. Las evidencias se introducen en la conversación *después* de reconocer las presuposiciones del incrédulo. Al definir en primera instancia las presuposiciones de la persona, la obligamos a aceptar sus implicaciones prácticas. Esto le evita negar las evidencias que presentamos más adelante en la conversación, porque si ya ha acordado contigo qué elementos hacen que una idea sea racional o histórica, negar estas implicaciones le haría caer en irracionalidad.

Por ejemplo, algunos rechazan el cristianismo porque no creen que existan suficientes evidencias históricas a favor de los registros de los Evangelios respecto a la vida y el ministerio de Jesús. A menos que comencemos con definir cómo se puede saber cualquier cosa del pasado, el incrédulo podrá negar que el registro histórico de la Biblia es preciso. Sin embargo, si ambos concordamos en que es posible conocer el pasado y en que debemos depender de relatos cuidadosamente escritos y preservados de individuos confiables para conocer ese pasado, entonces es relativamente fácil demostrar que los Evangelios son confiables. Si el incrédulo intenta negarlo después de que ambos hemos definido la manera en la que funciona la historia, terminará por contradecirse a sí mismo al rechazar documentos históricos que cumplen con el estándar previamente acordado de confiabilidad histórica.

La conversación sería algo similar a esto:

Cristiano: ¿Puedo hablarte sobre Jesús y la razón por la cuál vino para salvarnos?

Escéptico: No te molestes. No creo que realmente podamos saber quién era Jesús ni lo que Él dijo.

Cristiano: ¿En serio? ¿Por qué no?

Escéptico: Porque la Biblia fue escrita hace demasiado tiempo y no podemos esperar que su mensaje original haya sobrevivido. Como resultado, ni siquiera sabemos si Jesús existió ni si lo que se escribió sobre Él es verdad.

Cristiano: ¿Crees que se puede saber la verdad sobre alguna cosa en el pasado? ¿O crees solamente en lo que podemos ver en el presente?

¿Qué es la apologética?

Escéptico: Por supuesto, podemos creer en el pasado. Tenemos fotografías y registros de personas y de acontecimientos. Sí podemos conocer algunas cosas que pasaron.

Cristiano: Pero, seguramente, algunas de las cosas que la gente dice que sucedieron en el pasado no son confiables, como la historia de cómo George Washington cortó un cerezo. ¿Cómo puede saber un historiador si un relato es verdadero o no?

Escéptico: Supongo que depende de testimonios confiables, artefactos, registros arqueológicos y escritos y cosas como esas. Si estas cosas corroboran un registro escrito, podemos creer que realmente sucedieron.

Cristiano: Precisamente. Tenemos que confiar en los registros escritos si estos demuestran informes cuidadosos y cuentan con la confirmación de otros datos históricos conocidos. ¿Qué te parece insuficiente de los relatos de Jesús en los Evangelios?

Escéptico: Bueno, no conozco los detalles, porque nunca he leído la Biblia, pero ¿acaso no fueron los seguidores de Jesús los que escribieron los Evangelios? ¿Cómo podemos creer que no exageraron ni inventaron los milagros? Ellos creían en Jesús, de manera que su testimonio no cuenta.

Cristiano: Toda persona que escribe la biografía de otra cree que esa persona existió; de otro modo, no escribiría la historia, así que no podemos recriminarles eso a los evangelistas. Además, ellos fueron cuidadosos en investigar con los testigos originales y en documentar hechos conocidos. Considera el Evangelio de Lucas. Desde el principio, Lucas les dice a sus lectores que ha investigado todos los hechos que escribió en el libro. Esto me parece

a mí un testimonio confiable. Evidentemente, no es un libro lleno de leyendas y de historias inventadas. Cientos de los datos que se mencionan en los Evangelios han sido verificados por la historia, la geografía, la arqueología y otras disciplinas. Creo que esto calificaría como un relato confiable, tanto como cualquier otro de la antigüedad.

Escéptico: No sabía eso. Yo pensaba que el Nuevo Testamento estaba lleno de relatos míticos sobre Jesús que no podían ser verificados de ninguna manera.

Cristiano: Permíteme animarte a leer los Evangelios para descubrir quién es Jesús en realidad y lo que dijo sobre Sí mismo.

Aunque esta conversación imaginaria es simplista, demuestra que necesitamos revelar las presuposiciones de nuestro interlocutor antes de presentarle la evidencia a favor de la fe cristiana. Debemos estar seguros de establecer estándares que definan lo racional, histórico y ético antes de argumentar que la fe cristiana cumple esos estándares. Una vez que lo hacemos, el incrédulo puede decidir aceptar la verdad del cristianismo o ser irracional. Explicaremos esta metodología con mayor detalle en el resto de este libro, de manera que si este concepto sigue pareciéndote confuso, sé paciente y continúa leyendo.

Conclusión

En los siguientes capítulos, desmenuzaremos las ideas principales detrás de la perspectiva presuposicional, las explicaremos a detalle y mostraremos cómo funcionan en encuentros apologeticos de la vida real. Estos capítulos abordarán la apologetica desde distintos ángulos para ayudarnos a considerar con cuidado las cosmovisiones,

la lógica, la teología, la evangelización y las religiones mundiales. La perspectiva quedará completa al final del libro. Es importante ser pacientes durante el proceso. Aprender apologética es similar a aprender un idioma: debemos comenzar lentamente, con lo más básico, para luego avanzar hacia los aspectos más complicados. Durante todo este proceso, debemos dominar elementos fundamentales que no pondremos en práctica plenamente hasta llegar a un nivel más avanzado.

Del mismo modo, una preparación adecuada en apologética requiere dominar ciertos conceptos teológicos e ideas filosóficas que entrarán en vigor cuando llegue el momento correcto. La clave es volver a entrenar nuestra mente para pensar de una manera distintivamente cristiana. Para la mayoría de nosotros, esto constituye un cambio muy grande, porque no nos hemos dado cuenta de cuán secularizada y pagana se ha vuelto nuestra manera de pensar. Hemos perdido confianza en la Palabra de Dios por causa de los incesantes ataques culturales e intelectuales que azotan nuestra fe desde todas las esquinas.

En cambio, cuando damos un paso atrás y nos sumergimos de nuevo en la Escritura, nuestra confianza se restaura y nuestras fuerzas se renuevan. También descubrimos que hemos aceptado una gran cantidad de presuposiciones e ideologías que debemos eliminar para restaurar una mente cristiana. Necesitamos renovar constantemente nuestra mente para transformarla (ver Ro 12:2). Para hacer esto, debemos presenciar la gloria del Señor en Su Palabra (ver 2 Co 3:18). Cuando desarrollamos una mente netamente cristiana, defender la fe se vuelve un proceso más natural y poderoso.

En el siguiente capítulo, analizaremos el respaldo bíblico de la apologética. Desde Génesis hasta Apocalipsis, Dios defiende Su gloria de los ataques de Satanás y de sus seguidores. En todos los casos, Dios se levanta para

defender Su gloria y, en el proceso, garantiza que las buenas nuevas de Su poder salvador sean escuchadas.

Preguntas para meditar

1. William Edgar define la apologética como «el arte de la persuasión». ¿Adquirió un nuevo significado para ti la apologética cuando entendiste que su meta final es persuadir a otros y no intentar vencerlos en un debate ni dejarlos callados? ¿Qué nuevo significado adquirió?
2. Explica el problema con los conceptos de las «evidencias» y las «pruebas» como suelen entenderse dentro de la apologética.
3. Aunque todas las perspectivas de la apologética que hemos definido poseen cierto valor, ¿qué las vuelve problemáticas como métodos para compartir el evangelio con los incrédulos?
4. ¿Te fue útil el ejemplo de conversación en las páginas XX-XX para entender el presuposicionalismo? ¿Por qué sí o por qué no?

Caso práctico

Consigues un nuevo trabajo en una compañía próspera. La mayoría de tus colegas son inteligentes y tienen mucha motivación. Sin embargo, después de dos semanas, te das cuenta de que nadie de los que conoces ha mencionado a Dios ni la religión, excepto por el contador hindú en el departamento de finanzas. Comienzas a preguntarte si hablar sobre Dios es algo mal visto en la oficina. Un día, uno de tus colegas nota que tienes un versículo en la pantalla de bloqueo de tu celular.

—¿Por qué tienes eso en tu teléfono? ¿Eres una persona religiosa? Si es así, me sorprende, porque pareces una

persona totalmente normal. Antes ya tuvimos en la oficina algunos religiosos y tuvimos muchos problemas con ellos, así que quedas advertido. Somos una oficina abierta y no nos interesa tener empleados de mente cerrada e intolerante. Algunos de nosotros creemos en Dios, pero mantenemos nuestra fe privada porque no queremos ofender a nadie. De todos modos, la religión es un asunto privado. No vas a causarle problemas a la compañía, ¿verdad? Escucha: tan solo aprende a encajar aquí y expresa tu fe en tu tiempo personal.

En este escenario, ¿qué consideraciones tomarías en cuenta respecto a tu manera de responder a tu colaborador? ¿Qué le dirías y por qué?